

Análisis e Interpretación del Pueblo Antioqueño

Por Luis López de Mesa

La región antioqueña comprende los departamentos de Antioquia y Caldas. Etnicamente debiera clasificarse de ibero-afro-americana, pero el medio físico ha modificado tan hondamente este grupo racial que en nada se asemeja a otros, y de todos los restantes de la república se distingue con indefectible nitidez. Ocupa un área de setenta y nueve mil kilómetros cuadrados.

No ofrece la tierra antioqueña en sus más pobladas regiones abundante suelo rico para la agricultura. Apenas si algunas laderas o "vertientes" propicias al café, que ahí se produce insuperable, y unas cuantas hondonadas o vallecitos de diminuta extensión pudieran decirse fértiles en verdad. Lo más son arriscadas alturas de pobre vegetación, lomas de vertiginosa pendiente, verdaderos paredones a veces, que del fondo de los ríos torturados por las rocas trepan sin dar asilo a ningún animal doméstico ni cultivo aprovechable. Con todo, el esfuerzo de la población saca de tan pobres circunstancias el alimento para un

NOTA.— En octubre de 1967 falleció en Medellín este ilustre hombre colombiano cuyo aporte cultural es harto conocido y reconocido. De él dijo Gonzalo Cadavid Uribe en síntesis admirable: "Dueño de un estilo macerado, en el que a veces el arcaísmo de aliento clásico viene a abrir horizontes sobre la ascendencia galante y guerrera del Idioma; poseedor de una cultura humanística que parecería imposible en nuestro medio; certero en lo conceptual y lírico en lo que a su fibra humana toca, López de Mesa es un erudito en situación. Esa deslumbrante rosa de los vientos que es su inteligencia —argos con los ojos desvelados sobre todos los campos del quehacer humano—, es una categoría del espíritu de la patria. Es una época en la historia intelectual del país. Surge después de la postre- guerra civil, y ni su vocación ni su realización cultural lo atan a la generación a que pertenece por calendario. Su labor de cincuenta años podría sintetizarse seña'ándola como el esfuerzo por hacer posible lo que es necesario para la sociedad donde se desarrolla". En su memoria la Revista se honra en reproducir, entresacado de sus obras "De cómo se ha formado la nacionalidad colombiana" e "Introducción a la historia de la cultura colombiana", dos apartes interpretativos del pueblo antioqueño, la comarca nativa que él tanto quiso y ponderó.

millón cien mil habitantes y una excelente exportación de café. Tiene además minas de oro, enantes muy valiosas, aún hoy explotadas con provecho, e industrias textiles, etc., que vigorosamente avanzan, a pesar de la escasez de materias primas.

El Departamento de Caldas, que es una prolongación suya, étnica y geográficamente, posee mejores condiciones agrícolas, sobre todo en la porción de la cordillera Central que lleva el nombre de Quindío (asiento de la antigua civilización quimbaya), hoy una de las más ricas fuentes de exportación de café, y despensa, además, de muchos géneros alimenticios de mercado interno.

Pueblo emprendedor, migrador y comerciante, ha dado lugar a que se le considere judío. Y como tiene de ello media docena de apellidos sospechosos y mucho nombre propio de bíblica procedencia (menos ahora que los esclavos y germano-sajones los sustituyen abundantemente) aquello se convirtió en un pleito nacional. Los historiadores lo niegan rotundamente, apoyados en el estudio cuidadoso de las genealogías y en la estricta vigilancia de la Casa de Contratación de Sevilla, que siempre ejerció funciones de tamiz migratorio para evitar que viniesen a América los pacientes y sagaces Beni-Israel. Alguno de aquellos historiadores ha avanzado la opinión de que en la ascendencia catía (los aborígenes catíos habitaban al Norte y al Occidente del actual territorio antioqueño) se encuentra la explicación de las características "hebreas" de ese pueblo, por haber sido los tales indígenas igualmente andarines y comerciantes.

Tengan o no de una u otra raza, o de las dos a la vez, creo que mucho de lo que son los antioqueños depende de las condiciones económicas en que han vivido. Ello es que el trabajo lucrativo escasea en aquellas regiones: a las familias numerosas que allí nacen no puede ofrecerles adecuado porvenir, y comoquiera que son activos, ambiciosos y fuertes, se dan a lo único que hallan a la mano en su tierra, que es el comercio en divisiones y subdivisiones indefinidas, o se van por esos mundos de Dios en busca de mayor espacio y más desahogada subsistencia. Esto es lo que yo entendí en el ánimo de ellos cuando interpretaba el motivo de sus andanzas y negocios. ¿Ni qué otra razón creó en el alma judeoisraelita su cosmopolitismo y sus dotes de traficante que la angustia territorial y económica en que les colocó el mundo?

Los indígenas del suelo antioqueño pertenecían en su mayor parte a la casta caribe, que había desalojado y absorbido probablemente alguna población anterior de cepa andina, parientes de Quimbayas o Zenúes, Dividíanse en Catíos, habitantes de la sierra de Abibe y un poco de la Occidental, donde aún quedan restos aislados. Eran estos aborígenes de mucha actividad en tiempos de la conquista y guerreros, como lo atestiguan los episodios del cacique Toné en las regiones que hoy ocupa el pueblo de Frontino, y los más notables todavía del Nutibara, ingenioso y audaz. Entre el Cauca y el Porce, los Nutabes, más apacibles y cultos. Del Porce al Magdalena habitaban los Tahamíes, andaríegos y traficantes, de índole pacífica, al decir de los respectivos crónicas. En el valle de Medellín los Bitagüíes, Aburraes y Niquías; más al sur los Omegaes (Amagá), los Sinifanáes (Fredonia); los llamados Armas o Armados por los Conquistadores, de la banda meridional del río

de ese mismo nombre; los, por aquel tiempo, súbditos del cacique Matamae, entre los actuales municipios de Abejorral y Sonsón; los Carrapas situados en lo que ahora corresponde a Filadelfia; los Pozos, no lejos de la actual Salamina, los Paucaras o Pácoras de hogaño, y parte de los chocoes, etc.

Algunos investigadores modernos no adhieren a estas clasificaciones de los viejos cronistas y tratan de establecer nueva interpretación: Tulio Ospina supuso que el actual territorio de Antioquia fue a la manera de un puente migratorio entre las familias migratorias del norte de América y las del sur, aquéllas de procedencia "semita" o "hamita", éstas de ascendientes "mongoles", cruzados ahí con un tipo autóctono americano. Sin dar asentimiento a estas opiniones, reconozco que los indios de aquel país no fueron bien estudiados, y que hoy día es muy difícil emprender su clasificación por haberse extinguido.

No debieron ser muy numerosos estos aborígenes, pues que así desaparecieron ante el impulso de un puñado de iberos: durante el primer siglo de conquista y población llegarían a ese país unos mil españoles y unos cuarenta negros: En 1600 los "civilizados", ya en su mayor parte mestizos y mulatos, alcanzaban apenas a unos 6.000. La inmigración debió proseguirse muy parcamente, porque un siglo después —hacia 1700— el censo indicaba sólo 35.000 habitantes.

De la parte sur, del río Arma hasta el actual departamento del Valle, hubo algunas tribus más belicosas, lujosamente armadas y vestidas, pero en lo general no creo mucho en las dotes militares de estos indios de Antioquia (entonces escrita a veces Antiocha o Antioquia), pues no deja de ser inquietante que el Licenciado Badillo recorriera de norte a sur el territorio con doscientos inválidos que ya le quedarían de su alocada expedición, y que el Mariscal Robledo lo conquistara de sur a norte con menos de la mitad. Mucho han debido mentir efusivamente nuestros abuelos andaluces de la epopeya americana cuando nos hablan de diez mil y de veinte mil combatientes indígenas a cada paso, pero aunque descontemos por el prudente sistema decimal siempre es que resultan algo tímidos esos ejércitos que huían a la vista de cuarenta lanceros, ya que los arcabuces no eran de fácil aprovechamiento en tales "guazábaras", como entonces se decía. Si a esto añadimos la población negra que en mucha parte reemplazó a los aborígenes, llegada ahí lentamente desde el siglo XVI, entendemos las pocas disposiciones guerreras que el pueblo antioqueño posee, aunque de cuando en cuando envíe a Garrapata al Doctor Marceliano Vélez y a las Sabanas de Bolívar al Doctor Carlos E. Restrepo. Guerreros no son: por una fantasía de la herencia dieron a la independencia hispanoamericana esos tres muchachos heroicos de nombre José María Córdoba, Atanasio Girardot y Liborio Mejía. El elemento africano tiene algunos descendientes valerosos en el Patía, el Telembí y la Costa del Pacífico, mas no creo, en tesis general, que el mulato sea beligerante de suyo: la fantasía, la sensualidad y la pereza no se hermanan frecuentemente con la aventura heroica.

Por lo que hace al inmigrante español, Antioquia le tuvo de buena calidad, del norte de la Península en un treinta por ciento más o menos, con andaluces, castellanos, extremeños, etc. Ahí fueron gentes

de mucha empresa, porque el aislarse en tales desfiladeros, secuestrados del mundo por selvas y serranías abruptas, no era aperitivo de pusilánimes.

Esto explica la relativa homogeneidad del pueblo antioqueño en carácter y costumbres: unos centenares de familias, de las cuales más de ciento eran vascongadas, lo formaron en el transcurso de cuatro siglos. A mediados del XVIII apenas si contaba la provincia con cincuenta mil habitantes, lo que presupone la desaparición casi total de los aborígenes. Al comenzar el XIX la población alcanzaba a cien mil. Al iniciarse el XX era de un millón. Hoy día monta a más de dos millones, si computamos la intensa migración que ha dado para toda la república y algunas más remotas comarcas del mundo. Se puede decir que la población antioqueña era solo el seis por ciento de la colombiana en el siglo XVIII, y que ahora pasa del veinte por ciento de esa proporción.

El antioqueño está definiendo un tipo sui géneris. Si a otro tipo de raza se asemeja es quizá al del sirio-monte-libanés, aunque en las capas inferiores se encuentra muy frecuentemente el mulato, y a las superiores va llegando asimismo, porque es muy demócrata en sus relaciones sociales y da amplia preferencia a las circunstancias morales e intelectuales de sus "presuntos" o posibles allegados, y a las de amor y conveniencia económica, como es costumbre casi genérica de toda la república en los últimos tiempos.

En lo físico el antioqueño es de buena estatura, poco elegante de movimientos, ojos pardos, de párpados bellamente dibujados en leve ondulación que les da dulzura, sobre todo a las mujeres (que muy esbeltas son además), no tan amplios como en el costeño ni de cejas tan enarcadas, pero de mirar más aterciopelado e íntimo. Por acción del ambiente campesino, tal vez, cara y manos se arrugan pronto. Su acento es desapacible, aunque sabe y suele darle inflexiones de ternura; ingrato al oído por carecer de ritmo variado, ahuecar un poco la voz hacia la tonalidad de viejo, acentuar dejativamente la frase y articular mal algunos fonemas, como la *s*, que pronuncia llevando la punta de la lengua algo hacia atrás, lo que la aproxima levemente a la *ch*, sonido éste el más antipático de nuestra lengua. Carece de la *ll*, y como todos los americanos, de la *c* y de la *z*. Habla por lo general en voz alta y acciona abundantemente. En esto de la acción o gesticulación hay para todo un análisis, pues cada región de nuestro país tiene su manera y ritmo, que nunca confundiría uno a la distancia bogotano con costeño o antioqueño si les ve la expresión de las manos, en la cual mete cada provincia toda su urbanidad y temperamento.

En la alimentación del pueblo antioqueño entran como bases fundamentales las papas y yucas, el arroz, los frijoles, el maíz y la panela (azúcar sin refinar) de los cuales puede decirse que no falta ningún día en casa alguna, preparándolos de varios modos, pues de los frijoles hacen sopas de cuatro o cinco variedades y platos secos de otras tantas; del maíz fabrica el pan de todos los días, apropiado a cada alimento, porque no es uno mismo el que acompaña a la sopa que el tomado con chocolate, ni el de "mazorca" o choclo (chócolo dicen ellos), que el de maíz decortizado por ebullición con lejía (maíz pelado, en su nomenclatura), ni éstos se asemejan al fino bizcocho que cuece en

“cayana” (especie muy grande de plato o cazuela panda de barro cocido); en fin, con él prepara la “mazamorra” (o “peto”, como dicen los bogotanos), bebida refrescante y alimento a la vez de muy alta potencia nutritiva; la natilla y los buñuelos de nochebuena; postres, en fin, de refinada industria ya.

Con estos cinco alimentos estaría bien el proletariado antioqueño, y prácticamente a ellos solos se acoge en sus clases menesterosas, pero en habiendo para mayores recursos añade a su mesa ordinaria el cacao, la carne de cerdo, en mucha parte, lacticios, frutas y legumbres variadas, sobre todo en los últimos días en que va aprendiendo por divulgación médica el valor higiénico, nutritivo y estimulante de las muchas ensaladas que entran en la base de la alimentación europea.

El vestido del antioqueño era antes muy regionalmente característico: ningún calzado, pantalón de paño, “manta” o dril, según la categoría económica, camisa blanca muy bien aplanchada, ruana (que dicen “poncho” en otros países americanos) de lana o de algodón, de la mejor calidad que podía obtenerse, y sombrero de Suaza, de “jipijapa”, de Panamá o de Aguadas (que de todas estas maneras se nombra el de paja “toquilla” finamente confeccionado en varios lugares del país). Debajo de la “ruana”, y llevado al sesgo del hombro izquierdo a la derecha de la cintura o del cuadril, el guarniel de piel de nutria completaba el ajuar del aldeano y del campesino antioqueño hasta hace poco. Ahora se ha difundido la moda europea y ya la descrita indumentaria va siendo relegada como de montañeses (“montañeros” o “montunos”) a las clases más humildes.

Tímido y orgulloso a la vez es el antioqueño, mezcla que le perjudica grandemente, porque le priva de la flexibilidad del bogotano y de la agradable franqueza del costeño. Aventurero también, gusta de conocer el mundo, y es observador de mucha inquietud mental, aunque de información y en superficie todavía. No posee “humour”, siquiera se le reconozca fama de chistoso, pues su gracejo es por exageración, al revés del bogotano que busca siempre el retruécano o juego de recónditas similitudes. Abusa del diminutivo para calificar las personas y las cosas, y sin embargo le embaraza expresar públicamente la ternura de sus íntimos afectos.

Conserva buena tradición de honradez, pero es ambicioso y un poco tahir en los negocios. Progresivo y civilista, ama la paz y la civilización material, presentando en esto un contraste insólito con el santandereano, porque siendo los dos tan semejantes en historia y medio físico, el uno es individualista y el otro muy inclinado a un socialismo de Estado, a un subordinarse a la autoridad, a la comunidad municipal, a su departamento, hasta el punto de que tiene “socializados” casi todos los servicios públicos de alguna magnitud: ferrocarriles, tranvías, luz, teléfonos, etc. Y en cuanto a pacifista, es fama en todo el país que no acoge guerra en su territorio, yéndose, cuando circunstancias excepcionales a ello lo determinan, a pelear a otras regiones.

En estas materias es oportuno decir que la república no ha uniformado su situación social. El siglo XIX fue de reivindicaciones individualistas, un largo esfuerzo por adquirir los derechos de la personalidad; el XX se distingue por una imposición de los “deberes sociales”;

el período de nuestra vida colonial por su oligarquía económica. De ahí se desprende, en mucha parte, aunque ello ya toca a su fin, que Nariño y Boyacá sean en este sentido coloniales; que Santander ande por el siglo XIX; Antioquia, en esto al menos, se muestra muy contemporánea; y que la Costa vacile en el caos todavía.

Por lo que a Antioquia respecta, ello consiste en un temperamento que le viene de muy atrás. Es, y siempre lo ha sido, pueblo de fácil gobernación, porque ama el bien público, el servicio social, la mancomunidad cívica. De ahí que fuera afortunada en sus gobernantes, desde el muy gentil, generoso e industrioso Don Gaspar de Rodas, el muy hábil y honrado Don Francisco Silvestre, el diligente y severo estadista Don Juan Antonio Mon y Velarde, en la colonia, hasta el Doctor Pedro Justo Berrío, paradigma de la estirpe.

¿Es inteligente el pueblo antioqueño? Por tal se le tiene en Colombia. Y hombres ha producido que bien lo califican: José Félix de Restrepo, en la jurisprudencia, educador, precursor y una de las vidas de más bella trayectoria en nuestra América; Don José Manuel Restrepo, el primer historiador de la república, en quien la ciencia y la prudencia se aunaron siempre; Francisco Antonio Zea, el prócer imaginativo y romántico, naturalista a ratos, legislador a veces, culto, eso sí, en todas ocasiones; Juan de Dios Morales, de los próceres del Ecuador; Juan de Dios Aranzazu, gran gobernante de su provincia y buen gobernante de toda la nación, estoico en su dolor hasta el heroísmo; Alejandro Vélez y José María Salazar, eficaces servidores públicos; los tres jóvenes guerreros ya nombrados, Córdoba, Mejía y Girardot; Pedro Justo Berrío, de índole patriarcal, modelador de su pueblo, gobernante digno de figurar al lado de los mejores presidentes de Colombia; Manuel Uribe Angel, en quien el patriotismo, la bondad y la ciencia se conjugaron para hacer de su vida una bella parábola espiritual; Pedro Uribe Restrepo, médico y filántropo; Gregorio Gutiérrez González, poeta de prestante categoría; Vicente Arbeláez, pastor, tal vez el más ecuaníme, de la iglesia colombiana; Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo), notable escritor de costumbres colombianas; José María Villa, afamado ingeniero; Manuel Uribe Velásquez, Antonio María Restrepo, F. Jaramillo Medina y Arcesio Escobar, cuatro jóvenes agraciados por el númen poético, a quienes temprano enmudeció la muerte; Marco Fidel Suárez, hispanista de renombre continental, internacionalista de estupenda amplitud; Andrés Posada Arango y Tulio Ospina, hombres de ciencia y educadores eminentes; Epifanio Mejía, dulce cantor de su comarca; Francisco de Paula Rendón, costumbrista muy acertado; Juan de Dios Uribe, libelista combativo, de una bella y rica prosa; Rafael Uribe Uribe, periodista y parlamentario eximio, político y guerrero de impresionantes audacias, gran servidor de la república en otras esferas también; Fidel Cano, periodista de sobresaliente influencia nacional y acrisolada ciudadanía; Antonio José Restrepo, espíritu vivaz y escritor de excelentes cualidades; Tomás O. Eatsman, de privilegiado entendimiento; Antonio José Cadavid, jurisconsulto notable; Emiliano Isaza, distinguido gramático y lexicógrafo; Pedro Nel Ospina, en fin: nómina que se prolonga entre los contemporáneos con tanta solidez y brillo que apenas el tener que cortarla sin calificar como se lo merecen a Juan Bautista

Montoya y Flórez, Tomás Carrasquilla, Baldomero Sanín Cano, Carlos E. Restrepo, José Ignacio Escobar, Antonio J. Uribe, Joaquín Antonio Uribe, Fernando Vélez, Juan de la Cruz Posada, Porfirio Barba Jacob, Alejandro López y otros, muchos otros, que por ahí andan sirviendo y honrando a Colombia.

Y sin embargo, aún faltan para el perfecto servicio de la comunidad más abundante cosecha de científicos y mayor cantidad de hombres dados a la especulación, porque es innegable la pobreza de verdaderos ensayistas y la ausencia de filósofos que interpreten el mundo y el espíritu a través del temperamento del grupo racial y de las sugerencias que a ello aporta el medio ambiente; como faltan, asimismo, técnicos de más ahondada especialización y mejor organizado estudio. Lo que existe es loable si paramos mientes en el esfuerzo asombroso que ello ha costado a este pueblo, arraigado entre riscos casi inaccesibles, durante cuatro centurias aislado por extensos bosques de su única vía de comunicación que es el río Magdalena, y alejado del mar cosa de mil kilómetros de difícil tránsito: este es el milagro de aquellas gentes, que así tan pobres y solitarias guardaron la lumbre de indeficiente aspiración a la remota cultura madre de que su ideal se nutrió casi por instinto. Siempre hepreciado mucho esta vocación admirable del pueblo antioqueño a ennoblecer su estirpe con dones de espiritualidad a través de un sino adverso.

Y me he preguntado algunas veces: ¿cómo fue aquello? En el siglo XVIII era casi apenas una tribu bárbara: no tenía moneda, no existía en toda la comarca una imprenta, ni universidad, normal o colegio de segunda enseñanza (excepción hecha de uno, prontamente extinguido, de los Padres Jesuítas). Pasaban generaciones sin recibir la visita de un obispo, porque entre ellos no lo hubo; el clero parroquial se ordenaba donde podía y con los rudimentos teológicos y litúrgicos que lograba atrapar a la buena de Dios; un médico herbolario para toda la provincia o ninguno a veces; y algún licenciado en leyes quizás. Los caminos eran despeñaderos de cabras por donde los viandantes aristocráticos transitaban a "lomo de indio"; el comercio exterior seguía la ruta inverosímil de Juntas del Nus y de Islitas, a buscar el Magdalena en frágiles canoas que surcaban milagrosamente el río Nare, de incierto caudal, o intentaban abrirse paso por Victoria, San Bartolomé, Zaragoza o Cáceres, de mayores dificultades aún. Antioquia, Rionegro, Medellín y Marinilla eran cuatro aldeas con el generoso nombre de villas y ciudades, donde casi todas las gentes iban descalzas y comían elementales platos de una cocina tradicional, muy igual para todos, sino es en costosos festivales y nochebuenas en que salían a lucir algunas golosinas y vinos traídos de España o criollamente improvisados mediante el ingenio de tías rezanderas y grávidas mamás. ¿Comunicación intelectual, libros, periódicos, institutores, viajeros, correos, en fin, noticias siquiera? Muy raros debían de ser y lo fueron seguramente. La lengua, la religión, el cabildo y el hogar, el hogar sobre todo, a juicio de sagaces observadores de aquellos días coloniales, a la manera de un rescoldo protector de la chispa bondadosa, le salvaron de caer en la salvajez que le amenazaba desde el circundante bosque virgen y las hondonadas de los ríos rugientes.

Durante el siglo XIX le guiaron seis hombres que fueron a modo de seis columnas de su arquitectura espiritual, aunque dos de ellos no nacieron en sus riscos: Félix de Restrepo, Juan de Dios Aranzazu, Mariano Ospina Rodríguez, Juan de la Cruz Gómez Plata, Pedro Justo Berrío y Manuel Uribe Angel, citados anteriormente, mas aquí diferenciados en su augusta misión de escultores de un pueblo que al crecer los encumbra más y más arriba en el horizonte de la patria. Mucho se destaca en nuestra admiración la obra de Berrío. Organizó constitucionalmente un Estado rebelde. Atendió a la justicia, al progreso material y a la educación, sacando para ello recursos casi de la nada y administrándolos con pureza benedictina. Instaló el telégrafo en 1867; la Escuela de Artes y Oficios en 1870; la Universidad en 1871; la Escuela Normal en 1872; emprendió la primera carretera del departamento; acuñó bellísima moneda de oro que aún luce en collares y brazaletes de las muchachas bonitas y en las arras lujosas de los desposados; armó el departamento de las mejores armas que entonces se conocían en Europa, no para la guerra, sino para defender la constitución y la libertad de la república; fue mentor de la juventud inteligente, mecenas, profesor universitario, censor de las buenas costumbres y ejemplo vivo de caridad y santidad; y tan hondamente dejó impresa su acción en el pueblo que gobernó por diez años, que muchos labriegos de Antioquia podrán olvidar quiénes fueron sus antepesados, más ninguno ciertamente ignora quién fue el Doctor Pedro Justo Berrío.

Y si ya no de lo adquirido hablamos, sino de las tendencias que preparan lo futuro, ¿le será a este pueblo igualmente favorable el balance de su inteligencia? Al occidente colombiano ensombrece un poco hoy día la orientación contemporánea hacia una civilización económica, hedonista sobre todo y enamorada del buen éxito fulminante, del triunfo por el triunfo a veces, como realización de la personalidad, y del triunfo como obtención de las comodidades que "sensualicen" la vida, hasta ese hito de extravagancia con que gentes de otros lares, sin exacta noción de su entidad, doran y barnizan la angustia de sus instintos apremiados y enfermos. No que el occidente colombiano toque, ni con mucho, a tales extremos, sino que parece enamorarse más de la riqueza pecuniaria que del espíritu, siquiera individualidades prestantes y avisoras inteligencias lo prevengan y amonesten.

Espero, no obstante que dicha desviación obedezca a orientaciones fugaces, un algo "inasible", imponderable ideal o aroma, se advierte en la vocación y en las labores de ese pueblo que lo señala con noble carisma para elevada misión. Rotas las adversidades de su vida material, equilibrada su sangre más aún entre los muchos "factores" étnicos que lo están constituyendo y armonizando a su manera con el ambiente en que funciona dará de sí buenos frutos espirituales.

Que enaltezca su misión tiene grande importancia para todo el país, dados su alto coeficiente de natalidad, su posición en el centro de la república y su tendencia migratoria que lo llevó primero a poblar el departamento de Caldas y luego la zona del Quindío en las "vertientes" que miran al Valle y al Tolima, y en fin, a avanzar por las faldas de la Cordillera de Occidente, creando ricos y hermosos pueblecitos de mucha esperanza. Aún le queda por hacer en esas dos cordilleras, so-

bre todo en la que va del Quindío a las fuentes del Caquetá, en donde le aguardan para cruzarse con el huilense terrenos de primera categoría, y en la otra cordillera, por las regiones que conducen al Chocó y al norte hasta el Sinú, donde algunos sitios hay, también, propicios a la agricultura y los ganados, al arroz en las tierras bajas, al algodón en las más abrigadas contra la humedad, etc.

Núcleo de raza hubiera sido un atrevimiento el llamarla entonces: germen precario, si mucho, germen apenas. ¿Qué era Antioquia la que hoy es madre fuerte de dos millones de ciudadanos con carácter peculiar, concepto propio de la vida, fonética especial y hasta rasgos fisonómicos sui géneris? En cuatro aldeas que se llamaban ingenuamente villas y ciudades y en algunos ranchos que cuadraban una plazuela aún enmalezada, con altivo nombre de pueblo, allá por los vericuetos y entrenudos de empinadas serranías, vivían parca y morosamente cuarenta y seis mil habitantes, de los cuales unos cinco mil esclavos, algunos libertos y pocos indios. De los blancos quizá un treinta por ciento de origen vascongado, otro tanto de andaluces, luego castellanos, algunos catalanes, tres o cuatro familias portuguesas, y hasta una francesa que pronto habría de hacerse presente. Población que cabría en el actual barrio de Chapinero de Bogotá, y que entonces vegetaba difícilmente en medio de una selva de cien mil kilómetros cuadrados, entre los ríos Magdalena y Atrato, en un suelo pobre para la agricultura y vertiginosamente abrupto. A los padres llevó allí el halago del oro, y a los hijos retuvo y retiene el recuerdo del hogar, porque a decir verdad estos fueron los primordiales aglutinantes de aquel núcleo de población, el más definido y resistente de la actual Colombia. De buena índole debieron de ser aquellos primitivos colonizadores, pues convivieron en tan grande alejamiento sin desmoralizarse, que sus crónicas no nos traen voces de crueldad ni fulgor de pasiones siniestras, antes bien, el recuerdo de que hasta el esclavo era allí mirado con cristiana fraternidad, miembro del hogar que le protegía, sin sentirse abajado en el alma ni en el cuerpo, ya que aquélla se la garantizaba por igual que a su señor la fe común, y éste sudaba por parejo con el deíamo en las fatigas de la mina y del barbecho. De ahí que al declararse la absoluta libertad de los esclavos en 1851, muchos la recibiesen con abundantes lágrimas, creyendo que ella les alejaría del alero nativo y del trato de sus señores.

Sorprende un poco al estudiante de esta sociedad incipiente el que tan escaso número de familias en el transcurso de tres siglos que por entonces llevaban de aislamiento, dentro de una sencillez más que patriarcal, elementalísima, conservasen el idioma castellano en una pureza encomiable y rico, con esa donosura y abundancia de léxico que más tarde habrían de enorgullecer la obra literaria de Marco Fidel Suárez, Tomás Carrasquilla y Antonio José Restrepo. ¿Dónde permaneció, viva y fértil, aquella caudalosa lengua, si de ocio y desviación semántica debió empobrecer, ya que pocos sabían leerla y escribirla, ya que apenas si necesitaban de hablarla en su campesino aislamiento?

El otro fenómeno que conviene hacer aparente y destacado es el de la vigorosa vitalidad del cristianismo, ahí guardado tan ferviente y puro que asume vislumbres de patriarcado, casi casi a la Beni-Israel. Los nombres son en realidad hebreos, hasta agotar la nómina bíblica, sobre todo en los de mujer, causando más tarde un argumento en favor de un pseudo-origen jacobita. Ello es que las virtudes no descacen, sino se exaltan; y donde no hay notarías la palabra contractual acentúa caracteres de caución irrenunciable; donde todos los senderos conducen al bosque, la castidad se yergue más que nunca adusta y señorial; donde abundan el principio y la solitud es parco en hazañas el puñal homicida. Pudiera pensarse que los altos ideales de la humanidad al reducirse y acomodarse a aquel puñado de colonos en lugar de disolverse en barbarie, se aquilataran; como si la buena sangre ante la poca autoridad civil y la raquítica eclesiástica de que por aquellas centurias disfrutaba, hiciese ella misma y ella sola la guardia de honor a su dignidad y al bello porvenir, que aún no podía adivinar ni ensoñar siquiera. La visión retrospectiva ostenta algo de la epifanía de las razas de noble historia. No hay escuelas oficiales: el padre amonesta a tarde y a mañana, endilgando por el buen camino moral; algún vecino de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria enseña cuatro letras mal garabateadas a ocho reales por mes lectivo; algún tío clérigo o el párroco dan de su rudimentariamente amoblada sesera un poco más de doctrina y dos palabrejas de latín, si son grandes atrevimiento y fortuna, y así va creciendo el chaval un poco cerril y desarrapado: calzón de manta, camisa de tela burda, guarniel y capisayo, desnudos los pies y pobremente abrigada la cabeza. Va por las laderas buscando guayabas, cazando turpiales y sinsontes o ha buscado los buenos pozos del Aburrá para refocilarse en el baño y adestrarse en natación con amiguitos coetáneos suyos: de pronto mira al sol que avanza, el viento juega con los bravos rizos negros que le enmarcan la frente: ¿quién es aquel salvajito? Quizá José Félix de Restrepo, el repúblico jeffersoniano, Francisco Antonio Zea, futuro director del Jardín de Plantas de Madrid, o José María Córdoba, el guerrero adolescente a quien requebrará de amores la victoria en la augusta colina de Ayacucho.

Al agrupar tales nombres en un ligero escorzo de espacio y tiempo se facilita el estudio de los nobles gérmenes que dormían en el grupo racial a que pertenecieron. Virtudes en potencia que yacían como en acecho de la hora y del lugar propicios para realizarse muníficamente. Con cuánto amor y decisivo empeño engozna el espíritu de Don José Félix en la cultura greco-romana cuando le es dado tenerla cerca de sí: la lengua latina le seduce y no deja caer de la memoria a Virgilio, a Ovidio, a Cicerón, a Horacio; estudia el siglo de oro de la literatura francesa; las matemáticas, la metafísica y las ciencias naturales dan recia arquitectura a su pensamiento, ama el derecho con gran fervor consular, exagerando quizá su contenido hasta las lindes de la adhesión mística, porque fue él quien a la hora de la muerte, cumplidos ya los setenta años, ciego, como sintiese que alguien se acercaba a su lecho, le habló así, tomándole equivocadamente por su hijo Manuel: "Si es necesario cometer una injusticia para que el universo no se trastorne, déja que el universo se trastorne". Fueron sus últimas pa-

labras. Cincuenta años de magisterio docente y judicial caben en ella con holgura. Y así, este campesino, remoto descendiente de asturianos, nos dice que la Roma plutarquiiana pudo tener retoños a orillas de un riachuelo de nombre indígena en las montañas de Antioquia.

Y qué dúctil la mente y la imaginación, ésta un sí es no es exagerada, de Don Francisco Antonio Zea, cuando de aquellos riscos del Bermejál se empina a codearse con los grandes de América y de Europa, es elegante en los salones a pesar de su hidalga fealdad, preside con maestría un congreso genitor de nacionalidades y obtiene altas posiciones en el estudio de las ciencias. En el alma tendría la innata disposición que luego le permite holgarse en la rancia cultura londinense, en la francesa y española sin desentonar en cortesanía o pensamiento.

Este otro, el tercero, este criollo Fernández de Córdoba, no tuvo tiempo, ni había entonces lugar a su alrededor, para ilustrar en firme su mente. Arrebatado por la guerra alcanza cumbres de audacia que relievan sobre un continente su hermosa juventud, y gestos tiene de magnitud épica que desorientan la fría sensatez. Y no obstante aquella fiebre de una apoteosis precoz, no obstante las tentaciones de una soberbia abonada por el triunfo, y de aquella corona de oro con que Sucre le iluminara las sienes apolíneas, escucha lecciones de francés, lleva su tarea de matemáticas y quiere rehacer a los veinticinco años las disciplinas escolares de un niño, para eslabonar el espíritu a la vieja cultura madre de su estirpe.

Mas como a veces lo biográfico asume caracteres de excepcional, bueno es que miremos a la masa común y la veamos en su vivir cotidiano. La casa y la aldea expresan objetivamente la índole de los pueblos. Entre los campesinos de aquella región fue siempre tenido el hogar en mucha estima, que ni la pobreza disculpó la presencia de la mugre, ni faltaron el tiesto de flores en el patio y el cromo en las paredes de la salita de recibo para abreviar la sed de una intención estética latente. Los muros encalados, si no hay para más, barrido el piso, bien tendida la cama por humilde que sea, y hasta un mantel sobre la mesa del comedor. El mismo cuidado en el mantenimiento de la plaza y calles de la aldea, empedradas con piedra redonda, desyerbadas a menudo, ostentan con orgullo alguna ambiciosa fuente pública y el inefable templo con veleidades arquitectónicas de catedral. Porque todos los poblachos fueron pasando poco a poco de la iglesia de humilde espadaña con dos campanucas parlanchinas y un reloj en el centro a la gran construcción de torres empingorotadas, cúpula miguelangélica e indescifrable confusión de estilos en que más de media docena se arruinaron desenfadadamente, con ser de instinto un poco avaros y cavilosos.

En la creación y formación de estos pueblos y futuras ciudades intervinieron algunos de los factores que han obrado en otras partes: el centro de los poderes públicos, la agricultura, la minería, el comercio. La función religiosa y la guerrera no tuvieron aquí exigencia especial para el fomento de urbanizaciones a su servicio. La ciudad oficial, ciudad desde las primeras doce chozas pajizas de su iniciación, como Bogotá, como Tunja, como Santa Fe de Antioquia, producto de una

necesidad de colonización, afortunada o no, según las leyes del urbanismo, fue poco menos que igual en toda la América española. Pero en aquellas dos, la minera y la agrícola, hallamos un vago color local y algunos signos de carácter étnico.

La lenta migración difusora de la población que corresponde a un pueblo en crecimiento, se intensificó notablemente en la última mitad del siglo XVIII para formar las poblaciones del centro y norte de la provincia, y en la segunda mitad del siglo XIX para la colonización agrícola del suroeste y sur. (Una tercera expansión se está ahora preparando hacia el occidente urabaeño, que será de incalculable beneficio para toda la república).

La agrupación minera de las tierras frías poco se diferenció de la agrícola, pero las inhospitalarias regiones del Nechí, del Bajo Cauca y del Porce requerían la audacia de un jugador de cara y sello con la muerte; juventud, valor y pobreza tenían que empujar a quienes se arrojaban a la selva brava de aquellos ríos, que en rabiones y reciales de sus cañones profundos van dando vuelcos hacia las lejanas llanuras de Bolívar. Necesita el hombre cierta dosis de alegría, como de sueño, como de pan, para el equilibrio de sus facultades, de esa leve embriaguez de nuestra sangre que al rostro da frescura, ingenio a la imaginación, agilidad al músculo, magnanimidad al espíritu, aceite y pábulo a la vida, y donde no se la tiene tuércese la naturaleza humana, solicítanse sucedáneos maleantes que entorpecen la vida en común. Todavía se recuerdan con emoción aquellos días de pago en las minas del Zancudo, de Candebá o de Segovia; los "bailes de garrote", el aguardiente de caña y los juegos de azar iban turbando a todos el espíritu y haciéndoles hervir la sangre, de manera que de una palabra surgía una disputa, de la disputa una riña, de ésta, a veces, un combate general, y de todo ello al fin muertos y heridos. Quizá la anemia tropical y el paludismo contribuían a esta tensión de irritabilidad incontenible. Ello es, sin embargo, que a medida que las mujeres fueron llegando, aquellas fieras de la barbarie aviniéronse a un vivir ordenado, hubo alcalde, cabildo, párroco, festividades de semana santa y congregación de hermanos terciarios, comulgantes y conservadores.

Esta acción de equilibrio social que en la provincia ha ejercido siempre la mujer es un poco más exaltada que en otras regiones: su exquisito don de consejo, el valor con que afronta las adversidades sin abajar el decoro, tapando, como ella dice, el cielo con las manos; el anhelo incesante de elevación con que a sí misma se contempla y contempla a su hombre y a sus hijos, la hacen digna de elogiosa mención aparte.

Así también, hay que confesar que el catolicismo con su hermosa liturgia y muchas festividades algo suple en aquel aislamiento de la cordillera andina a la sed natural de distracciones y al anhelo de avivar la fantasía con la música, el canto, la luz y el colorido, amén de la efusión de multitud a que da frecuentemente ocasión y largo espacio.

Hacia el sur, la migración fue mejor seleccionada, como que arrancó de una cepa bastante noble que habita el oriente de la provincia, avanzó por hogares y luego arraigó mansamente, con la perdura-

bilidad y dulcedumbre de la vegetación que iba sembrando. Tuvo la buena suerte de hallar climas sanos, hasta el punto de poderse apreciar en el Quindío, la última de sus etapas, un promedio de estatura y de perímetro torácico superior a los primeros inmigrantes.

Fue un éxodo afortunado, que va siendo núcleo de futuras leyendas. Dicen que en alguna ocasión un viajero vió en medio de aquella entonces montaña inextricable grupo de labriegos que iban recorriendo al són acompasado de una esquila el contorno de un "desmonte": "¿Qué hacen ustedes así?", inquirió, curioso. "Estamos fundando un pueblo", le respondieron ingenuamente, con sencillez que el transeúnte halló irónica. Años adelante, cuenta el narrador, al regresar por aquella cordillera vio ser verdad el poblado prometido, haberse trocado en plaza amena el bosque derribado, en campana más sonora y grande la esquila de la iniciación.

Cuántas de éstas que hoy nos parecen enhiestas ciudades ayer no más las bautizó a golpes de hacha algún labriego de Abejorral, de La Ceja, de Rionegro, del Santuario o del Retiro, de Marinilla o de Sonsón, hallando para muchas nombres de grata eufonía. De la más encumbrada hoy tenemos todavía testimonio personal de sus comienzos, tan eglógicos que recuerdan a Virgilio, menos el empinado estilo y la fantasía artificiosa. Aún se cuenta que en noches de luna los zapadores de aquel monte se sentaban sobre troncos de árboles recién cortados en lo que ya tenía nombre de plaza dentro de su ambiciosa imaginación, a formar "cabildo" y darle normas civiles a la futura ciudad. Y como quiera que a veces se acalorasen sus "sabias" deliberaciones, ello fue que de común providencia acordaron presentarse a las sesiones sin hachas, cuchillos ni machetes. La fantasía puede reconstruir aquel cuadro de hombres, desnudo el pie callosos, pantalones de ruda manta remangados, camisa de áspero "drilón", guarniel de cuero de nutria que un "cargador" (rústico tahalí de piel y felpa de lana multicolor), cruzado sobre el hombro derecho, lleva a descargar en la cadera izquierda diminuto almacén de utensilios manuales y cachivaches de toda laya, "tabacos" y yesquero en primera fila, espejo plegable y navaja en otro "fuelle" o compartimiento, retrato y cartas de amor en el "secreto", y encima de tan somera indumentaria el poncho o ruana, que según la afortunada definición es "un cuadro de tela provisto de un ojal en la mitad que se abotona con la cabeza", y así, la barba hirsuta, enmarañado el cabello, que el sudor plegó en fácil rizo sobre una frente que denuncia cuarteles en remoto abolengo, discutir en un español medio andaluz, medio leonés y medula castellana, las etapas futuras del esfuerzo común. De Granada, cuando era "Vahos", va trepando hacia la nueva población un desmedrado levita, caballero en mula de cauteloso casco, la sotana remangada a la cintura, sombrero de Aguadas, y al cuello un pañuelo rojo y amarillo que el buen decir de las gentes llama "rabodegallo". Trepando va, y masculla parte del "oficio" mientras la imaginación traza piruetas en el porvenir, de santidad, de caridad, de eucarísticas vendimias, se entiende. Medio siglo más tarde le veremos metido en dignidad episcopal, llamado por el Vicario de Cristo hermano suyo, ungido para un principado de la Iglesia infalible.

Y otro llega, éste de Salamina, que hará las veces de notario en la redacción de documentos de compra y venta de inmuebles, de dinero a rédito, etc., de tan acrisolada hombría de bien, que los labriegos dejan en sus manos el dinero de sus transacciones y se pagan unos a otros, a la par y sin renuencia, con un papel, bono sui géneris, que expresa con lápiz en un trozo de sobre viejo o en una "vuelta de carta" esta fórmula inédita de pagaré: "Me dejates a guardar cuatro onzas" o "Me entregates diez patacones". El mismo que medio siglo después será banquero a la moderna, con crédito en Nueva York y en Londres.

¿No fue gobernador del Estado y senador de la república aquel moza!bete que en los primeros pasos de la aldea ya se mostró buen alcalde entre sus campechanos compañeros? Porque allí todo pudo verse en miniatura y como en embrión, vivero de una comunidad que nos la muestra asequible al estudio elemental de su génesis. Hasta el derecho tuvo que parecer una brizna de violencia y mostrar al desnudo la medula de sus verdades, aunque la ocurrencia tenga lejano precedente en el fuero peninsular. En cierta ocasión, al tratar de vender un predio rural, alguno de aquellos zapadores o "pioners", quizá en la fértil hoya del Risaralda, se encontró con que no tenía más título de propiedad que una recorte arrugado de papel en que había trazado la mano tosca de un juez "de facto" entre colonos, esta rudimentaria sentencia: "A vos te tocaron diez hetaras a la oriya del río". Justiniano, Don Alfonso el Sabio, Cambaceres y Don Andrés Bello bajaron la cabeza ante la validez irrefutable de este documento primitivo. Que si la ley de Jehová fue escrita en granito del Sinaí, la ley del colono se escribe en el hacha que derribó la selva virgen. "A tí te adjudicamos diez hectáreas a la orilla del río". ¿Quién podría rechazar la validez de aquel documento sin afrentar los fueros del espíritu?

El impulso inicial de aquella energía, el "momento", como dicen los matemáticos, se ha conservado en la primera y segunda generación; mas es instructivo anotar que se ha desviado un poco en su conducta, presentando, en un pequeño radio de acción al menos, cierta oposición con lo ocurrido en la colonia minera ya estudiada: aquí aquel cúmulo de energía que no halla cauce en las duras faenas de la colonización, lleva al comercio y a la política partidaria una ambición aleve, inmoral, que con unos pocos toca en las lides del estafador y del tahir fullero. Fenómeno momentáneo que hallará muy presto el retorno a la prudencia, que ya en los nietos se inicia, y a las nuevas actividades, la intelectual talvez, a juzgar por recientes manifestaciones de esa índole. Algo confuso queda, sin embargo, por dilucidar a este respecto, pues en el grupo étnico originario que ha continuado su vida en Medellín (también en Cali), se ha presentado de 1905 a hoy un desvío tenaz de las labores desinteresadas del pensamiento, del comercio especulativo de las ideas, hasta el punto de hacer poner temible interrogante sobre la formación de nuevos conductores del futuro cuando dejen de existir los que todavía no han renunciado a la sagrada locura de la inquietud mental. Probablemente el esfuerzo económico está ahora consumiendo toda la energía intelectual de esa provincia, y muy pronto la veamos de nuevo alzarse a más encumbradas lucubraciones.